

[Volver a los 17...](#)

Verónica Pérez Konina

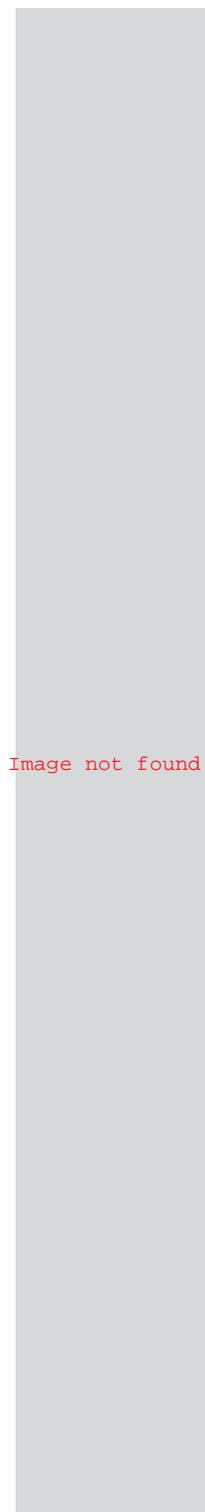


Image not found.

Capítulo 1

La mirada fría del hotel, sus cortinas, alfombras, restaurantes de lujo, como un islote cercado de dienteperros, llamado a ser testigo de una feria sin leyes, fiesta de animales libres.

La improvisada playa posee una rústica indumentaria, bastante casual, compuesta por algunos bloques que sobraron después de la construcción del edificio, un poco de cemento regado de tramo en tramo y una decena de bancos, hechos con vistas a oficializar el balneario.

- ¿Volviste con el Beatles?

La muchacha se encoge de hombros.

- ¿Y lo de Yudith?

- A mí eso no me importa...

- Estás loca, Silvia. ¡Lo de ellos es viejo! Él fue el primero, tú lo sabes.

Yudith tenía 13 años...

- Pero ella está ahora con Migue...

- Eso no tiene que ver. Ahorita se aburre y vuelve con el Beatles...

Dos muchachos se acercan al bloque. El primero de ellos aprisiona a Silvia por unos segundos. Luego, se recuesta sobre sus muslos. Tiene el pelo muy largo y rizado, negro.

- Oye, Beatles, ¿porqué no trajiste la guitarra?

El Beatles abre los ojos.

- Se le jodió una cuerda...

Se incorpora por completo y vuelve el rostro hacia el sitio donde permanece su amigo.

- Ven acá, Andrés.

- Mira, te presento a una amiga, Lis, - interviene Silvia.

- Hola. Nos conocemos, ¿no? - Andrés le extiende una mano. Lis asiente con indiferencia y aparenta no haber notado el gesto.

Andrés resulta dueño de una Walkman roja, los audífonos colgados al cuello.

- ¿Quieres?

- ¿Qué es?

- Rush.

- ¿No tienes nada de Led Zappelin?

- Sólo traje un casete.

- Bueno, no importa...

El mundo se salpica de verdes; luces, sonidos que la traspasan como olas; la guitarra, los teclados; burbujas, aullidos roncós, truenos. Lis se sumerge, equilibrando los sentidos, bajo el dominio del vibrante flujo. Al abrir los ojos, se encuentra con la mirada de Andrés.

- Pensé que te habías dormido.

Silvia y el Beatles, a pocos metros, se muerden con desespero, y una mano oscura urge en la tanga. "¿No les dará vergüenza?"

- ¿Qué, te peleaste de Abram?

- No.

- ¿Y dónde lo dejaste?

- Estaba durmiendo. No quiso venir.

Un silencio los une, espacio impuesto para observar el mar, verde oscuro, revuelto de espuma, tajante. La cinta prusia del veril, el azul tinta del círculo divisorio, la silueta de un barco, pequeño como un fósforo.

- ¿Fumas?

- Bueno...

Andrés extrae una cajetilla; Lis lo mira con asombro, "¿tantos?". Un popular para ella, otro para Silvia, otro para el Beatles.

- Con las ganas que tenía de fumar, - Silvia aspira el humo con ansiedad y observa a la amiga. - ¿Pero tú fumas? No lo sabía...

Lis la mira con dureza.

- A veces.

La playa está despoblada, tal vez por el oleaje. En el bloque más cercano, un montículo de cuerpos, dispersos sin orden alguno, desganados, y un cacharro sonando a rock.

Bajo unos árboles raquíuticos de uva caleta, una familia. La virja, ordenando unos platos sobre la hierba; los niños masticando pan y una pareja de gossos, con bañadores negros, tirados boca arriba tomando el sol.

- ¿Vamos a bañarnos?

- Bueno.

Los arrecifes atacan sus pies. ¡Ay! Andrés la sujeta por el codo.

- ¡No te caigas!

Como dos averiados, llegan al agua.

- ¡Dale, baja, yo te aguanto!

- Eso debe estar lleno de erizos---

- No tengas miedo, tírate. ¿Sabes nadar, ¿no?

- No te preocupes.

Lis se tira a ras del agua, esquivando la insistencia de Andrés.

- ¡Ven! - la llama, pero ella se sumerge bajo la corriente.

El agua cambia el contorno de las cosas. Las rocas se tornan movedizas, iluminadas por espacios breves, en otros oscuras, vacilantes. Los erizos pierden la agresividad de sus espinas y parecen simples huecos que remachan la superficie de la piedra. Los cuerpos, ondeados, intensamente rojos, el pelo convertido en reguero de algas.

Andrés la empuja y sigue de largo, como un enorme pez. Lis asoma la cabeza al aire. Una ola le inunda ojos y boca. Aspira con desesperación.

- ¿Tragaste agua?

Ahora las nubes reinan por encima de su cabeza, se conjugan en frases, dialogan. El sol la obliga a bajar los párpados. Flota a travieses de la corriente, cuidándose de una nueva embestida a traición.

Andrés le pasa por debajo y la sujeta por un pie.

- ¡Pesado!

Lis se eleja nadando, como un perrito abandonado a las olas. El muchacho la sigue de cerca, salpicando agua.

- ¡Déjame en paz!

Pero el oleaje bulle rabioso y la empuja contra las rocas. Se araña. Andrés la levanta por un brazo, la ayuda a salir del agua, la atrae por un instante

y la deposita sobre los arrecifes, con los ojos esquivos y la mirada entrecortada.

El bloque de concreto guarda aún las húmedas huellas de Lis, quien vuelve a colocarse, boca arriba, protegiéndose la cara con una camiseta.

Andrés se sienta sobre la placa de cemento, a sus pies. La observa. Un lunar en el cuello. Otro, junto a la oreja. La piel rojiza, del sol.

Se sienta en el bloque y la besa en el cuello. Los lunares, los labios por un instante, la piel tibia. Sus manos poseen instinto propio; piel, labios, lunares.

Lis lo rechaza suavemente. Lo aparta de sí.

- No te hagas la difícil.
- No es eso. No quiero.

Andrés la suelta con brusquedad.

- ¡Qué delicada!

Se coloca los audífonos, recostado en el bloque. "Ni que estuviera tan buena", piensa.

- Yo me voy. – Lis comienza a vestirse.
- No seas pesada. – Silvia se despega del Beatles.
- Todavía es temprano.

Mira con curiosidad a Andrés.

- ¡Ustedes tienen un lío!

Suben por la calle 70, bajo los árboles, las motos y desde los ómnibus, caras pegajosas que observan a Silvia y a Lis, que van en sus biquinis, una camiseta por encima, muslos provocativos; miradas.

- Vamos a comer algo en el Metro...
- Yo invito, - Andrés avanza al lado de Lis, sin mirarla, silbando.

Casas blancas, jardines, niños jugando a la pelota en medio del pavimento.

- Toma.
- Gracias, - respuesta brusca, pero la flor aparece ahora en los labios de Lis.

Cuando pasan al lado del Metropolitán, el negrísimo brillo de sus costados, la cristalería, Lis advierte el aspecto desteñido del grupo: el Beatles luce un sucio gorro de estambre que oculta su pelo largo, short ripiado y camiseta con algo escrito en la espalda, a mano, una palabra breve. Shit.

Ellas dos, casi idénticas, las camisetas tapando apenas las caderas, el pelo desgreñado; "deberíamos peinarnos"; y las chancletas de metededos.

Peró Andrés, tan decentico, ¡parecía que iba a salir! Todo menos ir a la playa con esa fecha: camisita azul de manga corta, unos vaqueros bastante nuevos, tenis Cobra con brochitos y zippers. ¡De madre!

- Vamos, no te vaciles más, estás buena...

Lis se aleja, sola. "Ahora, ¿ir a casa de Abram?" Se vuelve. Andrés, que seguía mirándola, se anima. Con resuelto ademán, le grita:

- ¡Oye! ¡Acuérdate!

Lis sonríe, por primera vez en toda la tarde.

- ¡Está bien! – asegura, y se despide con una oscilación del brazo.

iChao!